

AMPARO MEDINA-BOCOS, *Miguel Delibes-Gonzalo Sobejano. Correspondencia (1960-2009)*, Valladolid, Fundación Delibes-Universidad de Valladolid, 2014, 262 págs.

Miguel Delibes (Valladolid, 1920-2010) y Gonzalo Sobejano (Murcia, 1928) son dos figuras de ineludible referencia en las letras españolas. Periodista, novelista y académico el primero; poeta, crítico literario y profesor de Literatura el segundo, ambos constituyen dos excelentes casos de la mejor calidad literaria y teórica que España vio durante la segunda mitad del siglo XX. Con frecuencia, en los círculos literarios sus nombres aparecen juntos, debido a la abundante labor crítica de Sobejano sobre la obra de Delibes. Sin embargo, la relación entre ambos constituye algo más especial que un mero intercambio entre autor y crítico, pues iniciaron en 1960, tras conocerse en Alemania, una profunda e íntima amistad que se mantuvo hasta la muerte de Delibes (2010). El intercambio de misivas entre estos dos hombres es la piedra angular de esta afectuosa relación, dado que la mayor parte de la vida profesional de Sobejano se desarrolló en EE.UU., donde residía con su mujer.

El volumen que nos ocupa recoge casi medio siglo de amistad entre estos dos escritores, dejando expuestos sus principales sentimientos mutuos: afecto y admiración. Brinda así al lector un asiento de primera fila ante las opiniones más íntimas de ambos acerca de los temas que más les preocupan, entre los que destacan la Literatura, los problemas socio-políticos y, por supuesto, sus respectivas familias. Asimismo, aparece con frecuencia la tierna y sincera preocupación que cada uno muestra por el otro y los suyos, así como las ansias por volver a verse: pese a que fueron pocas las ocasiones en las que sus circunstancias se lo permitieron, Delibes y Sobejano se reencontraron en varias ocasiones, de las que hay constancia en sus cartas y que ambos amigos esperan y recuerdan con cariño.

La estructura del libro, que clasifica las cartas cronológicamente, permite acusar fácilmente cuáles son los períodos en los que la correspondencia resulta más abundante. Las décadas de los 60 y los 80 se corresponden con dichos momentos, hecho que podemos atribuir al notable descenso de la actividad de Delibes tras la muerte de su esposa en 1974. Sin embargo, el escritor no abandona su actividad literaria: continúa escribiendo y publicando hasta 1998. No

obstante, su vitalidad y disposición frente a la labor de escribir no serán nunca las mismas, como denotan sus confidencias a Sobejano en 1982, cuando se le concedió el Premio Príncipe de Asturias: “Hay premios para nacer y premios para morir. Mi Nadal fue de los primeros y este Príncipe de Asturias de los últimos... Aunque se agradezca” (p. 151).

El menor volumen de cartas lo encontramos en las décadas de 1990 y 2000, probablemente debido al empeoramiento de la salud y del ánimo de ambos, particularmente del propio Delibes. Sin embargo, no podemos dejar de tener en cuenta que, pese a que *Miguel Delibes-Gonzalo Sobejano. Correspondencia (1960-2009)* constituye un excelente ejemplo de completitud gracias al total de 188 cartas que lo integran, incluye únicamente las misivas que se hallaron tras una exhaustiva labor archivística; por lo cual es posible que el contacto entre ambos autores resultase más regular de lo que juzguemos en un primer acercamiento a esta obra. En cualquier caso, resulta innegable que los textos presentes en este epistolario son más que suficientes para documentar la amistad entre ambos hombres de letras y la evolución de la misma hacia una cercanía que termina por sustituir los temas profesionales por los personales y la simpatía inicial por un afecto profundo y sincero que los dos comparan con una auténtica relación fraternal.

A lo largo de las primeras misivas vemos desarrollarse las bases de lo que será esa inquebrantable amistad: la identificación entre Delibes y Sobejano; la inequívoca coincidencia no tan necesariamente en el opinar como en el propio percibir del mundo. Esta complicidad comienza de la mano de una admiración mutua que tanto en el novelista como en el crítico va acompañada de una sincera modestia. Tal afinidad se manifiesta muy a menudo en forma de alabanzas a sus respectivos trabajos y de regocijo por el tratamiento que reciben del otro: “[*Cinco horas con Mario*] me parece tu mejor obra y, en términos absolutos, una obra maestra. Mi más expresiva enhorabuena. Es libro sobre el que me siento necesitado de escribir un comentario, y así lo haré...” (Sobejano, p. 72). No obstante el gran peso de las reflexiones acerca de las labores literaria y crítica, no faltan conmovedoras declaraciones de afecto como la que sigue: “Mi mujer y yo recordamos a menudo los estupendos días en Alemania y, en especial, vuestra cordial acogida en Colonia. La amistad es una de las pocas cosas que merecen la pena en esta vida y creo que la nuestra, a

pesar de las pocas horas que pasamos juntos, está sólidamente cimentada” (Delibes, p. 36).

Asimismo, se concede un importante espacio a la familia. Así lo demuestran las frecuentes referencias tanto a Helga, la mujer de Sobejano, como a los siete hijos de Delibes y a su compañera, Ángeles. Este marcado carácter familiar de ambos hombres debe ser tenido en cuenta cuando en tantas de sus cartas –especialmente en aquellas en las que tratan de consolarse mutuamente por la pérdida de sus respectivas esposas– se dan el tratamiento de hermano: la identificación entre los dos amigos es ya muy profunda y significativa.

De otra parte, no puede quedar sin mencionar el tratamiento del tema político, que tanto Sobejano como Delibes comentan a menudo. Resulta claro, sin embargo, que los intercambios de impresiones al respecto son mucho más abundantes en los textos procedentes de los años 60 y 70, cuando el Franquismo comienza a convulsionarse en España y las protestas estudiantiles asociadas al Movimiento de Libre Expresión estallan en la Universidad de California y se extienden a otras como la de Columbia, donde desarrolla su labor Gonzalo Sobejano. Resultan esenciales en esta materia los viajes que Delibes realiza por Europa y EE.UU., de los que realiza comentarios que denotan su interés por aquellos países donde la libertad de expresión es mayor. Resulta inevitable, al comprobar su rechazo al dogmatismo, recordar sus constantes enfrentamientos con la censura en España, que le llevaron a dimitir como director de *El Norte de Castilla*, cargo que ejerció entre 1958 y 1962. “En fin, así están las cosas por aquí”, se queja el novelista aun en los momentos más cercanos al final de la dictadura.

La correspondencia fechada en la década de los 70 muestra importantes cambios en las vidas de ambos literatos: el prestigio de Delibes no cesa de crecer, factor del que es buena muestra su elección como miembro de la Real Academia Española, así como de la Sociedad Hispánica de América, en 1973. Sobejano, por su parte, se traslada a Pittsburg para continuar su labor como profesor. Lamentablemente, el suceso más destacado de esta década es la muerte de Ángeles de Castro en 1974, que sume a Delibes en un retiro del que sólo comenzará a resurgir en los 80, por más que no se detenga en su quehacer literario. Conviene recordar a este respecto, como solía hacer el propio escritor, que esta dedicación a la Literatura constituía para él el más merecido homenaje para la mujer que lo acompañó durante casi treinta años de su vida y que lo animó a

escribir novelas y a presentarse a premios como el Nadal: “Al leer este discurso me estoy plegando a uno de sus más fervientes deseos...”, decía Delibes en su discurso de ingreso en la RAE, que pronunció medio año después del fallecimiento de Ángeles.

Pocos años después, en 1981, se invierte la situación que se había establecido en las cartas entre Sobejano y Delibes, y es este quien trata de consolar al primero por la pérdida de su mujer. En las palabras de aliento del novelista se vislumbra ya una cierta resignación a la viudedad que muy lentamente irá instalándose en su vida, por más la acentuación de su carácter sombrío y melancólico resulte inevitable. En estos momentos de dolor, la identificación de los dos amigos es total. “No necesitas escribirme. Sé con seguridad absoluta que lo sientes y que me compadeces como mi buen amigo que eres y a quien yo tanto quiero y admiro” (p. 181), le asegura Sobejano a su amigo en la carta en la que le informa de la muerte de Helga. Sin embargo, Delibes acude a reconfortar al crítico, y su tragedia común acentúa su identificación mutua: “Que no termine este día, penúltimo del año, sin que yo te agradezca el consuelo que me has dado esta tarde. (...) Nuestros caracteres o destinos, [son] tan coincidentes en lo más triste y -yo creo también- en lo más hondo y verdadero...” (Sobejano, p. 184).

Las coincidencias en tantísimos y tan fundamentales aspectos vitales entre ambos escritores estrechan su relación a medida que los años pasan, y así se evidencia en las cartas correspondientes a los últimos años de vida de Delibes. Resulta sobrecogedor asistir a las continuas muestras de apoyo y de ánimo que uno y otro se dirigen; entre las que cabe destacar la insistencia de Sobejano en que su amigo no deje de escribir: “¿Cómo puede[s] imprimir al título del libro un tono tan final: «mis últimas reflexiones»? Mi respuesta: pre-ante-penúltimas”. Esta actitud tan vital siempre es recibida por Delibes con agradecimiento, aunque sus problemas de salud no dejan de hacer mella en la disposición del novelista: “He vivido mi vida y ya está. Recuerdo a tanta gente que me espera que este mundo me parece vacío”. Este pesimismo, sin embargo, no empaña su afecto hacia Sobejano: “Yo voy perdiendo la cabeza y lo que conlleva. No me quejo. Queda poco tiempo pero lo aprovecho para abrazarte”.

Miguel Delibes-Gonzalo Sobejano. Correspondencia (1960-2009) es una obra sobre la amistad, y precisamente su carácter epistolar es lo que le imprime una intimidad y una emotividad a las que es difícil resistirse. Asimismo, tal intensidad en el afecto entre un

escritor y un estudioso de su propia obra conduce inevitablemente a una serie de reflexiones acerca de la Literatura y la labor crítica. Ciertamente, la afinidad entre Delibes y Sobejano es un caso poco frecuente que nos brinda la oportunidad de comprobar cómo el éxito de la interpretación de una obra parece encontrarse profundamente relacionado con la coincidencia en el modo de percibir el mundo de autor y crítico. De una parte, Sobejano admira en sus cartas la obra de su amigo, a quien lee con avidez y sobre la que disfruta trabajando. Delibes, por otro lado, le reitera en numerosas ocasiones muestras de satisfacción acerca de su labor crítica, lo que constituye para el crítico la mejor confirmación de un trabajo bien hecho: “Tu carta me trajo el mayor premio que puede recibir el intérprete crítico: ese «me he sentido absolutamente comprendido», pues esto es lo necesario para que a su vez el lector de tus obras y de mis interpretaciones pueda llegar a la recta comprensión de aquéllas, que es de lo que se trata”.

Así pues, *Miguel Delibes-Gonzalo Sobejano. Correspondencia. (1960–2009)* esboza un delicioso retrato de algo tan común y a la vez tan absolutamente extraordinario como es la amistad; no entendida necesariamente como la coincidencia en la forma de pensar, sino más bien como la similitud en el sentir. Para cualquier lector, conocer su relación supondrá una comprensión mayor de estos dos grandes de nuestras letras, lo que indudablemente tiende un puente que nos aproxima un poco más a conocer ese curioso fenómeno al que llamamos Literatura.

RAQUEL SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Universidad de Valladolid